JORGE HERNANDEZ

El poder de la biografía II

"El historiador nunca sale del tiempo, pero por una oscilación necesaria, considera unas veces las grandes ondas de fenómenos emparentados que atraviesan la duración de parte a parte, y otras el momento humano en que estas corrientes se estrechan en la intrincada maraña de conciencias."

Marc Bloch

Introducción a la Historia

NUESTRA HISTORIA PUEDE ser recreada a través de sus cantos y colores, chismes y azares, verdades y mentiras, y no solamente por medio de estadísticas, discursos y estandartes. La segunda cuarteta de la *Biografía del Poder* continúa con ese ánimo de historiar que no se queda en definiciones ya conocidas por todos y en caras bronceadísimas, alejándonos de los héroes que siguieron dándonos Patria.

La serie completada por Enrique Krauze no sólo refiere "las grandes ondas de fenómenos" que marcan la cronología de nuestra historia, sino que navega por las corrientes de una intrincadísima maraña de conciencias: las vidas de los hombres que van determinando, junto con "las grandes ondas", el peso y el paso de Clío. En una época en que se procuran analizar, enmarcar, sopesar y limitar puros procesos impersonales como los únicos agentes y la única materia de la historia, Krauze sin necesidad de negar esas fuerzas o coyunturas retoma los ires y venires, la cotidianidad de las vidas de los individuos. El mismo ha dicho que en "México tenemos varios ejemplos del daño que puede hacer un hombre de carne y hueso", acercándose al legado rankeano de narrar las cosas "tal y como acontecieron", procura revisar las hechuras y los perjuicios de hombres presentados aquí de carne y hueso.

Con la amplia difusión que obtiene esta serie biográfica se consolida el verdadero poder de la biografía: permitírnos conocer a próceres, antes intocables y difusos, y ponerlos al alcance de todos. Habrá quien se indigne al constatar que con esto cualquier lector de estos tomos, amenos y decoradísimos, ya hable de la Revolufia como si la hubiera vivido. De cualquier manera, el hecho de acercarnos a la historia patria de esa manera permite que se desarrollen en nosotros virtudes patrióticas.

cas que son, en el fondo, raíces históricas: la conversación, los chistes, las fotografías y las ganas de chismear.

Las últimas cuatro biografías forman pares y parejas difíciles de desenmarañar. Es una mano de póquer que, aunque Krauze va poniéndolas de una en una sobre la mesa, podría quedar barajada en tercia, par o corrida. Lo cierto es que ninguno de estos últimos cuatro espacios biográficos merecería el descarte y sí, tal vez, combinarse con alguna de los anteriores cuatro, formando la flor imperial de nuestros primeros años del siglo XX.

Como sucede con todas las biografías de las estatuas, estas cuatro cartas que cierran la *Biografía del Poder* representan a cuatro personajes, cercanos y archimentados, pero en el fondo desconocidos. Aunque los vemos en los billetes y en las monedas, recordamos sus caras en los libros de primaria o colgadas de los postes en los desfiles, y a pesar de que los criticamos y juzgamos continuamente, estos cuatro biografados se nos llegan a la mente entre

UNIFORMADOS Y TRAJEADOS

Venustiano Carranza, tal vez muy a su gusto, permanece en la memoria de muchos como el papá grande de la Revolución. Aun para los que sólo recuerdan las "carranceadas" de dinero, el "Viejo" es asociado continuamente con su proyecto cumbre: la Constitución del '17. Digo muy a su gusto porque, según descubrimos en *Puente entre Siglos*, Don Venus usaba sus lentes y las sombras para dominar conversaciones y descontrolar a sus interlocutores. Su recuerdo es una presencia que aún descontrola a muchos: lo ven a oscuras o no le ven los ojos.

Movido por un sentido casi místico del deber, el de las barbas blancas siente retomar pasos del Benemérito Juárez, además de seguir las místicas de autoridad y de libertad de Don Porfirio y de Don Francisco I. Su condición de puente une al liberalismo triunfante del siglo XIX con el constitucionalismo revolucionado del XX.

Aunque nunca se llegará a confirmar la hipótesis de que la noche de Tlaxcalantongo haya sido el escenario en que Don Venus se suicidó, emulando los ánimos del general romano Belisario, si se confirma que en aquella choza permanecían en su mente los ánimos del *deber* y las ganas de acabar con el militarismo. Muerto mientras dormía, Carranza no portaba el uniforme, traje que, a fin de cuentas, no representaba al militarismo, sino al civilismo en campaña.

Alvaro Obregón es también un uniformado que se siente mejor trajeado o vestido para trabajar la tierra. Si Carranza representaba el deber de los principios, Obregón fue la juventud y el poder. Ese empuje permite a Don Alvaro a aligerar su paso de agricultor a militar y de militar a presidente. Pero esa carrera, con sus cambios de traje a uniforme, lleva implícito *El Vértigo de la Victoria* que de presidente lo regresa a agricultor y de ahí a reelegido.

Desde que de joven escribe su poema *Fuegos Fatuos*, Obregón vive el vertiginoso ardor de triunfar sobre todos y contra todo. Sus *Ocho mil kilómetros en campaña* gozan de una memoria e ingenio prodigiosos que le permiten ganarle al póquer estilo ruleta rusa al mismísimo Pancho Villa. Irónicamente, su monumento en La Bombilla de San Angel conserva la huella de una de las veces en que logró burlar a la muerte. El brazo que dejó empeñado en Celaya queda guardado allí donde finalmente, y entre los acordes de "Limoncito", le llega la muerte a manos de un fanático caricaturista.

Cuando en Chapultepec fue víctima de un atentado, Obregón, acaso limpiándose el traje, se va a los toros. Valga esto como metáfora ya que, aún dejando los campos abajeños cubiertos de cadáveres y saliendo como general triunfante, Obregón supo conservar "las ventajas del aura militar sin sus inconvenientes", principalmente los uniformes.

Cuando Plutarco Elías Calles se quita el uniforme se deja fotografiar para la historia como el "Máximo" que no abandona al poder, así se pase a vivir a "la casa de enfrente". De hecho, Calles es el biografiado que con más frecuencia aparece entre la lista de "odiados" de la *vox populi*. Ya sea por el pavor a su nacionalismo socialista, que "amenazaba" con convertirnos en "Soviet México", o por las terribles heridas de la Cristiada, tirios y troyanos mexicanos lo tienen solamente como el serio con cara de dictador.

Gracias a Krauze, Calles al historiarse como el que quiere *Reformar desde el Origen*, se nos presenta más cercano y más discutible, lo cual permite conocerlo. Así, ya se le podrá odiar o aplaudir, pero quizá con más fundamento. Sin tener que prender incienso o aventar jitomatitos analizar así al Maximato permite entrever la institucionalización de muchos de los reductos oficiales que aún vivimos, con todo y las intrigas y calamidades que conocemos. En su afán por reformar, Calles va hasta el origen: las conciencias de la niñez, que debieran "pertenecer" a la Revolución". Con este Grito de Guadalajara, el trajeado Calles lanza la voz del futuro; un grito de modernidad que encierra y cierra el ciclo de las voces norteadas en la serie revolucionaria.

A pesar de haber portado el uniforme militar desde muy temprana edad, Lázaro Cárdenas ha quedado en la memoria de nuestra historia como el presidente bien trajeado "cuyos momentos estelares —escribe Luis González—, fueron la expulsión del Jefe Máximo, la distribución de las haciendas entre los peones de las mismas, la expropiación de los bienes de las compañías petroleras y la inmigración masiva de los españoles..."

Los ires y venires por toda la República de Tata Lázaro son impresionantes no sólo en kilómetros recorridos, sino también en quejas escuchadas y en veneraciones recibidas. su paso es el del amigo incansable, pero además vemos en el *General Misionero* al de traje oscuro, de zorro, con sayal de franciscano. Krauze se apoya en los

artífices y los días que de Cárdenas y del cardenismo ha trazado Don Luis González para hablarnos del michoacano cuyo gobierno macrosópico no olvidó su gubernatura matriótica.

El mismo Luis González menciona que la presidencia de Cárdenas “se caracterizó en lo demográfico, por poblacionista; en lo económico, por industrializador, nacionalista y bisectorial; en lo social, por agrarista, indigenista y obrerista; en la política interior, por un presidencialismo puro y patriarcal; en la política exterior, por antiimperialista proaliado; en lo cultural, por la educación socialista, la literatura y el arte populacheros y la ciencia asumida con profesionalismo y especialización sin antecedentes”. Se puede decir que se trata de un período de nuestra historia “que fue episodio más de la serie revmex si bien un episodio altamente taquillero, quizá el más conmovedor, original, sensacional, movido, maravilloso y bien filmado de la serie”.

En términos políticos, geográficos y culturales, la diferencia que hace Octavio Paz entre revuelta, rebelión y revolución tuvo su confirmación en México durante los años y las vidas que recorre la *Biografía del Poder*. Como bien señala Krauze: “el Morelos zapatista aportó la revuelta, el reclamo violento del subsuelo indígena, la voz del pasado. El Norte aportó la rebelión, la imposición igualmente violenta de un proyecto moderno, la voz del futuro. Pero fue Michoacán, asiento del México viejo el estado que convirtió la lucha en ‘un cambio brusco y definitivo de los asuntos públicos’”.

La serie bien filmada, bien escrita y bien documentada que realiza Enrique Krauze nos deja con ganas de conocer las otras caras de otros muchos naipes biográficos que forman nuestra historia. El poder de la biografía nos permitirá conocer más anécdotas y encontrar raíces de otros personajes que, también tras bambalinas y no sólo oficialmente, forjaron el transcurrir de nuestra cronología. Es un poder que platicándonos los días de Fito de la Huerta en Los Angeles o el intercambio de espadas entre Rodolfo Gaona y Victoriano Huerta (uno para matar toros y el otro pa' matar hombres), nos ofrece la “intrincada maraña de conciencias” que puede ayudarnos a comprender mejor no sólo el pasado, sino incluso, nuestro presente.